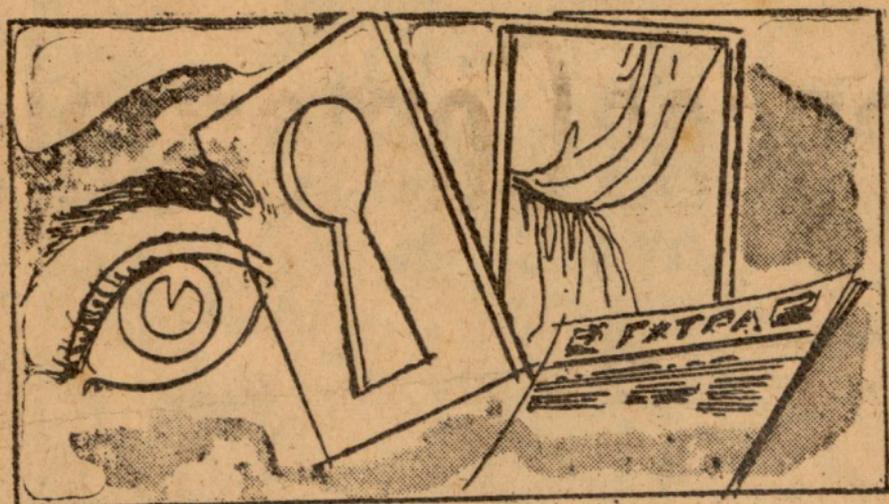


# La intimidad fracturada

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Julián Marías señalaba en su magnífico libro sobre los Estados Unidos que uno de los signos característicos de la época —y Norteamérica es, sin duda, la expresión más completa de ella— era la paulatina desaparición de la vida privada, de la intimidad. Desde la arquitectura hasta el periodismo, las creaciones de este siglo tienden a fracturar el secreto de cada familia y cada individuo. El mismo sentido que tienen los grandes ventanales, por los cuales ingresa en la casa moderna la luz del día como si no existieran los muros —milagro del vidrio facilitado por el hormigón— preside la existencia de cierta clase de prensa cuyo éxito consiste en revelar las interioridades de un personaje, sea éste del cine, de la política o de la delincuencia. Es vano, por supuesto, intentar prohibir una u otra intrusión, puesto que la conformación del hombre actual está dispuesta para conocer todo lo que pertenece al otro, si este otro figura de alguna manera en la comunidad nacional o internacional de modo destaca-



do, o para ver, a través de los límites de la persona y su mundo, aquello que está detrás de la mera apariencia.

¿Es ésta una curiosidad malsana? He ahí el problema. En la publicidad que por todos los medios de expresión se suele dar a un homicidio, por ejemplo, ¿se pretende exponer el procedimiento de la investigación y la instrucción, con el fin de que la opinión pública las controle? ¿O simplemente se trata de una complacencia morbosa en los detalles del hecho, en sus implicaciones patológicas, en sus vínculos a tales o cuales remotas motivaciones? Esto es lo que, a ese respecto, habría que establecer previamente para juzgar la conveniencia o inconveniencia de dicha revelación. Pero sin entrar a predecir en qué casos actúa uno y otro interés, puede afirmarse sin temor a errar que bastante mayor es el prurito por regocijarse con el juego oculto de los sucesos y sus determinantes, que ilustrarse sobre un acontecimiento cuyo desarrollo, por la salud de la comunidad, hay que vigilar.

Precisamente un reciente libro aparecido en París —“L'Amour et les Français” de Jean-Claude Ibert y Jérôme Charles— demuestra que, contra lo que viene mostrando la novela francesa, la normalidad es lo habitual en las relaciones de los dos sexos en el país galo. Las degeneraciones, las desviaciones, las monstruosidades, etc., que la ficción francesa ahora presenta, no son, según las investigaciones sociológicas y médicas, sino raras excepciones, y la terrible publicidad que la literatura les ha procurado es una grande y nefasta calumnia. ¿Puede achacarse solamente al propósito vendedor de los autores el haber incurrido en semejante exageración? Tal vez mucha de la responsabilidad toca a los escritores, pero no poca al público, que recibe con demanda gigantesca más los textos en los que se describen las aberraciones que los que narran un hecho entre personas sanas y normales. He aquí un ejemplo del anhelo de ir a la intimidad, al misterio que encierra cada individuo. Siglo es éste en que la masa está compuesta de audaces Diablos Cojuelos que aspiran a levantar el tejado de cada habitación para hurgar ahí por un hecho fuera de lo común.

No nos conformamos con saber lo que podemos saber desde fuera. Necesitamos, como alimento habitual, esta dosis de ajeno drama, de ajeno destino, de ajena fortuna, quizá para completar lo que nos falta, o para consolarnos con la desdicha vecina, o para saber más y más todo aquello de que es capaz el hombre, ángel y animal que se eleva y cae sin pausa. ¿Es esto malo? ¿Es bueno? No es del caso dar un juicio de valor ético sobre el problema. Basta verificarlo y reflexionar sobre él seriamente.